

JUVENTUD Y POLITICA EN LA ESPAÑA CONTEMPORANEA

M.^a Dolores Gómez Molleda

*«... Lo más triste es que los jóvenes andan desparramados y sin haber comprendido que el unirse, dejándose de rodrigones, y el marchar en falange compacta les daría mucha más fuerza» (M. Unamuno: *Almas jóvenes*, 1904).*

Hacer un esquema interpretativo de la presencia de la juventud como factor político en la Historia de España, es una tarea necesaria pero muy problemática y que requiere un análisis desde distintas perspectivas. La evolución de la dinámica política-social del país es una, juntamente con la transformación de las estructuras materiales. La evolución ideológica es otra, ya que en este tema hay que tener muy en cuenta que ciertos planteamientos «pedagógicos» de coyuntura resultan clave importante para el surgimiento de una potencial juventud «política».

Por otra parte la movilización juvenil en sí misma presenta problemas analíticos de envergadura. Sobre todo uno: ¿Hasta qué punto tales movimientos de juventud, inducidos o autónomos, resultan verdadera expresión de una *conciencia juvenil colectiva de lo político* o son sencillamente manifestaciones de pura protesta generacional o ideológica frente a determinados aspectos de la sociedad en que se generan?... Hay otra pregunta que subyace a través de todo el tema: ¿Puede ser la juventud por sí misma agente de transformación de la sociedad, «motor histórico» en el sentido en que Marx se refería al proletariado, tal y como se planteó con ocasión de la Revolución de Mayo del 68 en Francia por algunos tratadistas?¹ ¿Puede ser o no «hacedora de historia» por utilizar una expresión de Wright Mills? Se plantea pues desde el primer momento la cuestión sobre la naturaleza de la acción política de la juventud. De la contestación a esta pregunta fundamental depende el peso específico atribuible

¹ Véase por ejemplo el artículo de Carlos M.^a Bru: *La Revolución de Mayo*, «Cuadernos para el diálogo», junio-julio 1968.

a los movimientos juveniles como revulsivo de la sociedad en la que surgen y su capacidad de oposición, de crítica y de rechazo al orden establecido.

El tema de la influencia de la juventud en la transformación de la sociedad, un tema histórico de envergadura al que ya aludíamos en su día en nuestra obra sobre *Los reformadores de la España Contemporánea*, ha seguido sin despertar desde entonces el interés de los historiadores, salvo excepciones pioneras. Afortunadamente la *Comission Internationale d'Histoire de Mouvements sociaux et des structures sociales*, Organismo Interdisciplinario, miembro del Comité Internacional de Ciencias Históricas², ha decidido tomar como objeto de estudio para su debate en el próximo Congreso Internacional de Historia que se celebrará en Madrid en 1990, el tema de la juventud, sus movimientos y su influencia sobre la evolución de las sociedades en los siglos XIX y XX. *Rapports* de los distintos países participantes en la investigación se vienen preparando desde enero de 1987. Por nuestra parte, hemos presentado en colaboración con otros profesores³ una aportación sobre *Movimientos juveniles y lucha política en la España Contemporánea*, algunos de cuyos trabajos se publican en este número de «Studia Historica». El encuentro entre especialistas que ha tenido lugar durante los primeros días de junio de 1988 en la Universidad de Quebec, en Montreal, ha dado lugar a interesantes precisiones para la elaboración del *Rapport* general. El tema de la juventud ha entrado pues, en el orden del saber científico internacional.

En esta exposición sintética estableceré una hipótesis de trabajo sobre el surgimiento, carácter y peso de los Movimientos Juveniles políticos hasta los años 30 de nuestro siglo, y una perspectiva global de su desarrollo. Otros trabajos de este número monográfico analizarán el caso de cada movimiento juvenil específico a partir de aquellos años.

El surgimiento de una conciencia juvenil de lo político en la España Contemporánea está estrechamente vinculado a la evolución de la dinámica político-social del país y a los cambios ideológicos que se producen a fines del siglo XIX. En efecto, el análisis de las condiciones socio-políticas que enmarcan la aparición de la juventud política española permite afirmar, como hipótesis general, que los movimientos juveniles de carácter político en España se generan en función del desarrollo de las fuerzas políticas y sociales del país y precisamente en los momentos de crisis del mismo. Las organizaciones juveniles políticas hispanas resultan signo y resultado a la vez de conflictos, de desajustes político-sociales y crisis que recorren el período contemporáneo:

1. La juventud política de «las aulas» obedece a la necesidad de consolidación del régimen liberal en España y nace en el momento de cambio social e ideológico de la España de la segunda mitad del siglo XIX.

2. La crisis del 98 y el «regeneracionismo» subsiguiente provoca el nacimiento de las juventudes políticas pequeño burguesas y proletarias, cuyo desarrollo se consolida en la crisis de 1917.

² Comisión fundada en 1953 por Georges Bourgin, Eduardo Dolleans, Ernesto Labrousse y Jacques Droz. Actualmente es Secretaria General de la comisión Denise Fauvel-Rouif.

³ El equipo español esta integrado por la autora que suscribe, Antonio González, Ramón Casteras y Jesús López Santamaría.

3. El período traumático de la dictadura de Primo de Rivera provoca un reajuste teórico y práctico de las juventudes políticas en sentido de una mayor autonomía respecto a los partidos en que se generaron, proceso que se afirma durante la segunda República y la Guerra Civil, momentos éstos que señalan la máxima politización de los movimientos juveniles en España.

Las primeras juventudes «políticas» como movimiento difuso, difícilmente cuantificable, aparecen en el momento en que las clases medias españolas, alertadas por la minoría culta del país, comienzan a registrar una moderada expansión y una actividad política de cierta relevancia en pro de la consolidación del régimen liberal. Focalizar en sus orígenes el tema de la relación de la burguesía liberal con la primera juventud política, equivale a plantearse la cuestión de la necesidad de apoyo del nuevo Estado, no sólo en la frágil mesocracia de presente, sino en unas fuerzas sociales de futuro representadas potencialmente por una juventud educada para «ciudadana constitucional».

La relación burguesía-juventud se acentúa con ocasión de la crisis del 98. En el entramado social en acusado proceso de cambio de la España de fin de siglo, se afirma el crecimiento de la baja clase media y con él, el inconformismo pequeño burgués contra las oligarquías del régimen de la Restauración. El movimiento juvenil que surge entonces se constituye a impulsos del inconformismo republicano para militar al lado del republicanismo político de principios del siglo XX.

Aparecen asimismo en este momento las primeras juventudes de carácter proletario. La realidad sociológica y política del país explica esta diversificación. Junto a las juventudes republicanas surgen pues en 1903 las Juventudes socialistas.

A partir de 1917 el protagonismo de las masas, potenciado por el auge capitalista del país, la incidencia económica de la primera guerra mundial y el impacto político e ideológico de la revolución rusa dan lugar a nuevos cambios en la organización y actitudes políticas de los partidos y de los respectivos movimientos juveniles. Puede decirse que es ahora cuando las organizaciones juveniles españolas comienzan a cambiar de piel, intentando encontrar su carta de identidad y con ella su autonomía. La etapa de la Dictadura es crucial en este sentido. Tanto las juventudes burguesas como las proletarias experimentan un proceso de reorganización y de concienciación que les permite superar la etapa anterior de dependencia respecto a las organizaciones políticas respectivas. El advenimiento de la segunda República de 1931 y el estallido de la Guerra Civil en 1936 acelerarán este proceso.

Dos etapas muy distintas pueden pues señalarse en la naturaleza y carácter de tales movimientos y en sus posibilidades y peso en la vida política española. Hasta 1930 los movimientos juveniles políticos enunciados carecen de objetivos y metas propias y son meros instrumentos de las organizaciones políticas a las que pertenecen: La juventud que hemos denominado «de las aulas», persiguió apuntalar el régimen liberal mediante un esfuerzo intelectual, cuyas pautas estuvieron marcadas por la minoría culta del país. La juventud republicano pequeño-burguesa se orientó hacia los mismos objetivos que los partidos republicanos del momento y participó del tono regeneracionista que les fue propio: la lucha contra las oligarquías monárquicas y la neutralización reformista del movimiento obrero. Por su parte, las juventudes socialistas aparecen, asimismo, asumiendo los propios planteamientos del PSOE de principios de siglo.

Solo a partir de 1930 las organizaciones juveniles se definirán como fuerzas autónomas políticas y podrán considerarse como organizaciones juveniles propiamente dichas, experimentando transformaciones internas que les enfrentarán con sus res-

pectivos partidos, convirtiéndose en temibles factores desestabilizantes y por tanto necesitados de control. El fenómeno puede datarse en los años finales de la Dictadura de Primo de Rivera, momento en que la ruptura de las juventudes con las fuerzas políticas y sociales históricas se hace evidente. Tal es el esquema interpretativo que vamos a desarrollar a continuación.

La aparición de la juventud «política», como movimiento no orgánico comenzó en el momento en que los partidos liberales iniciaron su estructuración, teniendo a sus espaldas como apoyo a la minoría intelectual que había apostado por el cambio.

La aparición de esta juventud «de las aulas», puede entenderse históricamente a partir de las hipótesis que el que fuera Comisario de Instrucción Pública de Lenin en el mismo año de la revolución y primer embajador de la Rusia soviética en España, *Lunarcharski*, planteó en su día: «...Un Estado se defiende y consolida en tres frentes: El frente militar del que depende el ser del Estado; el frente económico a quien toca no el ser sino el vivir, el seguir viviendo y un *frente cultural pedagógico*, que logra no el ser ni el vivir, sino el perdurar». Es este un planteamiento que puede aplicarse a la España del primer tercio del siglo XIX. De hecho si quisiéramos estudiar en sus orígenes el tema de la relación política-juventud tendríamos que hacerlo a partir del análisis de la situación política española de ese momento, que indudablemente requería un frente cultural pedagógico. El nuevo Estado liberal necesitaba apoyos no sólo de presente, en las livianas fuerzas sociales que lo sostenían, sino de futuro, de continuidad en una juventud que tenía que transformar de absolutista en ciudadana constitucional. Siempre que se producen en la historia transformaciones políticas de entidad, se siente la necesidad de afirmar la nueva situación amenazada de retrocesos más o menos posibles según la resistencia de las antiguas fuerzas sociales. Esta fue una conciencia fuertemente vivida por la izquierda intelectual del país que a mediados del siglo XIX apoyó el cambio político español, con un enorme esfuerzo de propaganda y de reforma educativa.

Hemos estudiado en otro lugar el papel político de la minoría culta del país⁴ y cómo se planteó la estabilidad de la nueva situación liberal en términos pedagógicos. Gil y Zárate, el historiador español de las reformas pedagógicas del XIX venía a anticipar, en sus célebres volúmenes sobre la Instrucción Pública en España, los mismos conceptos que el Comisario ruso anteriormente citado: «La cuestión de enseñanza es cuestión de poder; el que enseña domina»⁵. El frente cultural pedagógico, es decir la captación de la juventud española para el Estado liberal, se inicia a principios de siglo precisamente con el plan elaborado por los intelectuales de Salamanca en 1813 a petición de las Cortes de Cádiz, el informe de Quintana sobre los estudios morales y políticos y los planes de Instrucción Pública posteriores. En todos la preocupación por hacer una juventud al servicio del nuevo Estado liberal, constitucional y laica, es evidente. Pedagogía y política formaron a principios del siglo XIX un cuerpo único. Cada uno de los gobiernos, cada una de las situaciones políticas hará su correspondiente plan de Instrucción Pública para interesar a la juventud en el proyecto político respectivo.

⁴ D. GÓMEZ MOLLEDA: *La función social de las élites intelectuales en la España Contemporánea*. En homenaje a J. A. Maravall, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1985, vol. II, pp. 215-231.

⁵ *Ibidem*: *Los reformadores de la España Contemporánea*, C.S.I.C., 1981, 2.^a edición, p. 172.

Así, desde la mitad del XIX se detecta la aparición difusa pero real de una «juventud política» muy distinta de aquella que fustigaban Alcalá Galiano o Mesonero Romanos por indiferente y sin ninguna preocupación seria, que pasaba tanto de las «asonadas de antaño como las de hogaño», sin ningún tipo de ambición política. Son los jóvenes «revolucionarios», fervorosos admiradores de los hombres de las Cortes de Cádiz que aunque no han tomado en serio todavía su papel de esperanza política del porvenir aparecen ya con un singular espíritu de oposición y de resistencia a lo tradicional. En seguida esta nueva juventud formada en las aulas universitarias bajo el liderazgo de los profesores krausistas comenzará a llenar los cuadros de las nuevas formaciones políticas liberales de carácter burgués, a pesar de la resistencia de los «notables». En 1847 Ordax AVECILLA, uno de los primeros jefes demócratas subrayaba el fenómeno de la politización de la juventud y de la resistencia de los maduros: «En España hasta ahora por lo menos, la juventud, los hombres nuevos, han sido en cierto modo olvidados y desdeñados por los partidos; los unos dejaron a la juventud en la calle, para que conspirara y fuera al cadalso; los otros la brindaron con el favor para que se inutilizara para el gobierno»⁶.

Fue esa juventud nueva «de las aulas» la que como es sabido aportó densidad mental a la revolución de setiembre. Junto a los hechos revolucionarios aparecen ahora por vez primera las ideas, gracias a este primer núcleo de juventud individualizada *cuasi* como cuerpo social autónomo —*cuasi* porque estamos muy lejos de la aparición de la juventud como auténtico cuerpo social—. Fenómeno el de la incorporación política de esta juventud *real* pero no cuantificable. No hay que olvidar que la existencia de las leyes electorales restrictivas no sólo imposibilitará el acceso mayoritario de una juventud a la política sino que no permitirá establecer cuantitativamente su presencia en los censos. Pero ahí están los nombres significativos de políticos jóvenes «nuevos» como Corradi, Martín de los Heros, Figuerola, Ruiz Zorrilla, Chao, Uña, Ruiz Quevedo, entre otros, llegados a la palestra política a mediados del siglo XIX.

Su actuación en la revolución septembrina tuvo no obstante sabores de frustración que llevó a sus líderes, entre ellos a Giner, a un profundo análisis. Exclamaba Giner al día siguiente del período revolucionario:

«¿Qué hicieron esos hombres nuevos? ¿Qué ha hecho esa juventud, qué ha hecho? Respondan por nosotros el desencanto del espíritu público, el indiferente apartamiento de todas las clases, la sorda desesperación de todos los oprimidos, la hostilidad creciente de todos los instintos generosos»⁷.

Y el mismo Giner se contesta en su trabajo sobre *La juventud y el movimiento social* escrito en 1870: «Qué ha hecho? Defraudar a todos: Afirmar principios en la legislación y violar esos principios en la práctica». Después de haber caldeado el corazón para saltar con fuerza contra el viejo orden e instalar otro más estable y armónico, la juventud —*escribe*—, «pactó con el caos y con la tiranía en vez de con el orden y con la libertad». Y la conclusión de Giner es clara. Los resultados no se deben a la semilla sembrada, es que ésta ha tenido poco tiempo de maduración. Según él los jóvenes se habían lanzado a la revolución «faltos de principios claros y definidos, de convicciones formadas en severos estudios». Así resultaron inferior-

⁶ J. ORDAX AVECILLA: *Diario de Sesiones de Cortes*, 10 de marzo de 1847, pág. 855.

⁷ F. GINER: *La juventud y el movimiento social* (1870), o.c., VII, p. 103.

res —concluye—, a las eminencias de los antiguos partidos, «aunque les excedían en riqueza y amplitud de presentimiento»⁸.

Había pues que depurar y renovar métodos para la formación del frente pedagógico-cultural. Giner era consciente del papel que debía comenzar a desempeñar la nueva juventud. Sin ella «..., la Historia hará su obra en esta tierra como en las demás, pero ¿cuándo? ¿por medio de quiénes?, ¿a qué precio? Si estas preguntas los dejan mañana tan fríos como hoy no vale la pena que haya Universidades en España»⁹.

A lo largo de la primera mitad del XIX y hasta la Restauración se puede detectar pues la aparición de ese difuso movimiento de juventud intelectual política, nacida en las aulas de los catedráticos demokrausistas y engrosada por ese otro grupo de intelectuales jóvenes que más tarde se aglutina en torno a los profesores de la Institución Libre de Enseñanza —tema al que me he referido ampliamente en otro lugar y sobre el que no voy a volver—¹⁰.

Cuando llega el 98, el movimiento juvenil experimenta un proceso de diversificación. Junto a aquel grupo elitista de las aulas, y hasta un tanto enfrentado con él, aparece otro movimiento político juvenil y se inicia un tercero. De carácter burgués uno, proletario otro.

El movimiento juvenil pequeño burgués republicano radical nace en 1901 aproximadamente y más tarde será capitalizado por Lerroux en 1908 en sus *jóvenes bárbaros*.

Esta nueva juventud política, surgida a raíz del Desastre, con caracteres netamente regeneracionistas e identificada con las actitudes de reacción de las clases medias del país, ve constituirse bien pronto a su costado otro movimiento de carácter obrero, las Juventudes Socialistas, nacidas en 1903, sobre las que Antonio González escribe largamente en estas mismas páginas.

La realidad política y sociológica del país explica lógicamente la diversificación apuntada (Juventud pequeño-burguesa republicana y juventud obrera proletaria). Tal vez sea éste el momento de recordar que la derrota colonial de 1898 supuso un hito en las actitudes y en el comportamiento de todas las fuerzas sociales del país y en el deterioro del sistema político vigente que hasta entonces se había mantenido con apariencias de solidez y de estabilidad. El Desastre motivó por un lado una enorme inflación ideológica de la que ha dado buena cuenta la historiografía del período, pero por otro implicó transformaciones importantes en las estructuras materiales del país. El movimiento regeneracionista de la pequeña burguesía mostró no sólo la protesta y el reacomodo de esta clase a aquella situación de cambio sino su deseo de dar fe de vida política. A su vez, el auge de las organizaciones obreras a partir de estas fechas puso de relieve la afirmación del proletariado.

El crecimiento demográfico, la naciente industrialización, la urbanización de las grandes capitales dan lugar a un acusado proceso de cambio, en el que aunque subsisten las viejas fuerzas sociales oligárquicas, se apunta con mayor vigor el crecimiento de la baja clase media y de las clases populares.

Bien es sabido que esta pequeña burguesía en alza, que tantas veces vió frustradas sus expectativas políticas y sociales —sobre todo en el último tercio del s. XIX, la

⁸ F. GINER: *La juventud y el movimiento social* (1870), o.c., VIII, pp. 103-126.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Véase D. GÓMEZ MOLLEDA: *Los reformadores de la España contemporánea*, pp. 167 y ss.

época de la Gloriosa—, había encontrado cobijo en las formaciones republicanas mal fraguadas y decadentes de la España de la Restauración. Su hora pareció llegar de nuevo en el 98. Sus posibilidades, colocados como estaba entre las poderosas oligarquías del Régimen y el movimiento obrero en auge, resultaban más que cuestionables. De todos modos el movimiento regeneracionista constituyó como hemos dicho su oportunidad de dar fe de presencia inconformista, y el movimiento republicano reclutó en este estrato social la mayor parte de su clientela.

La animación del sector obrero en el 98 vista por la historiografía más reciente justifica asimismo desde el punto de vista sociológico el surgimiento de las juventudes socialistas en Bilbao y enseguida en Madrid. Los años noventa registran la alineación progresiva de las organizaciones. Es curioso y poco conocido el texto de una mujer, Dña. Emilia Pardo Bazán, advirtiendo el fenómeno del nacimiento de esa que ella llama «fuerza colectiva poderosa». Decía la Pardo Bazán:

«Mientras ellos organizan la oligarquía sobre la desorganización del Estado y de los servicios públicos, *otra fuerza colectiva, poderosa* se organiza a su vez lenta y firmemente: el socialismo y el anarquismo aumentan sus huestes reclutadas primero en los hornos, luego en los talleres y fábricas, ahora en las ciudades, mañana en el terruño»¹¹

El 98, a escala nacional según señaló Martínez Cuadrado¹², vino a significar un tránsito entre la sociedad estamental y la sociedad de clases que se desarrollará en los años sucesivos, fenómeno especialmente constatable en las grandes capitales, en este caso Madrid y Bilbao, en donde las transformaciones de la economía y el crecimiento de una población obrera caracterizada por su juventud posibilitaba evidentemente más que en otro lugar el nacimiento de una organización proletaria de carácter juvenil, según muestran recientes investigaciones¹³.

En el movimiento regeneracionista de clases medias que intentó el desmonte del régimen oligárquico de la Restauración se sitúa sin duda el origen de las juventudes republicanas. Los críticos republicanos que contestan el «orden canovista», en la coyuntura del 98 plantean la necesidad de una movilización juvenil más operativa que la de la juventud de las aulas. La pequeña burguesía progresista inicia un nuevo frente juvenil que no sólo *regenerare intelectual y éticamente el espíritu nacional*, tal y como habían manifestado en la etapa anterior los líderes intelectuales del 73 que aún continuaban manifestándose en los informes sobre oligarquía y caciquismo del Ateneo, sino que fuese políticamente activa para competir de modo eficaz por el poder. La Juventud Republicana Radical lanzó su manifiesto el 19 de abril de 1901¹⁴.

Este movimiento juvenil, como el propio movimiento republicano, aparece situándose en posición intermedia, según su programa, entre las viejas oligarquías decadentes y el proletariado revolucionario y pienso que en cierta reacción con la juventud «de las aulas».

¹¹ EMILIA PARDO BAZÁN, en *Oligarquía y caciquismo*, Vol II, *Informes o testimonios*, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1976, p. 294.

¹² E. MARTÍNEZ CUADRADO: *La Burguesía conservadora*, Alfaguara, 1973, p.340 y ss.

¹³ Me refiero a los datos aportado por M.^a Luz Sanfeliciano en su Tesis Doctoral sobre la U.G.T. en Vizcaya y la Segunda República, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad de Salamanca, 1987, (ejemplar dactilografiado)

¹⁴ Libro de Oro del Partido Radical, pp. 122-123.

Se proclama en este manifiesto la unión de los jóvenes —«unos cuantos jóvenes que esperan ser muchos»— para cumplir fines de «amor a la libertad, a la justicia, al progreso y a la *solidaridad* y entre los hombres», proclamando su propósito de no fundar escuela ni partido y su decisión de no disciplinarse «en el dogma ni en la regla de ninguno de los existentes» —utopía que no logrará ver ninguno de los movimientos juveniles hasta muy entrado los años 30, como tendremos ocasión de comprobar en estas páginas—.

Sus objetivos de «acción» eran el derrocamiento del régimen, tanto en lo político como en lo social. Los procedimientos a seguir eran la acción revolucionaria, «entendiendo por revolución no sólo el hecho de fuerza que destruye» sino a la labor tendente a acabar con «la tiranía en lo político, el privilegio en lo social y la explotación del hombre por el hombre en lo económico».

Fueron primeras figuras del movimiento juvenil radical, Fermín Celaya y Rodríguez, Manuel Fernández Wois, Leovigildo Abans, Eugenio Moriones y Bautista, Vicente Milán Echevarría y Felix Carrión entre otros. Pero si hicieramos un análisis del movimiento y de su incidencia real en la política, cuando se trata de estas personalidades y de otras, nos veríamos bastante apurados. A pesar de la violencia verbal, «revolucionaria», el espectro general es el de un tipo de juventud política poco eficaz y vacilante ideológicamente.

Porque las juventudes republicanas no se libraron al parecer del ambiente *pedagógico* dominante en la etapa del Desastre. Como he escrito en otro lugar, se extendió entonces más que nunca por España una fiebre educativa de la que participaron todos. De educación y proeducación hablaron políticos, economistas, sociólogos, hombres de ciencia, periodistas, agricultores y comerciantes. Es obvio recordar las palabras de Costa, Mallada, Macías Picavea, Giner de los Ríos o Adolfo Posada. La contestación al discurso de la Corona que abrió la Legislatura de 1899 a 1900 decía: «La derrota que hemos sufrido es una consecuencia de nuestra inferioridad docente, no habiendo por tanto otro remedio para salvarnos que la educación popular»¹⁵. Consecuentemente en los programas regeneracionistas republicanos ocupaban lugar privilegiado los temas de instrucción pública y de *educación de la juventud*. Así, en el programa de la Federación de grupos republicanos de 1903 propiciada por Hermenegildo Giner de los Ríos, Fernando Lozano, Miguel Morayta y Rafael Ureña¹⁶. En la Asamblea que tuvo lugar en marzo de aquel año estaba la reserva de las huestes republicanas de 1873, pero también la nueva juventud «de nuestras escuelas y nuestras universidades de Sevilla, Granada, Cádiz y Madrid, en protesta contra los ‘afeeminados Luises’ y el maléfico jesuitismo»¹⁷. La Asamblea se proponía realizar la obra republicana como tarea constante en la acción («iremos haciendo el programa en el proceso de la acción...»). Sus resultados y los medios utilizados para llevarlos acabo resultaban vaporosos tanto por lo que respecta al orden político como al económico y social especialmente en relación con la «nueva juventud republicana»: «Seremos soñadores —decía el Manifiesto de la juventud antes mencionado— pero no ilusos, ni extraños al conocimiento de la realidad (...), no con palabras sino con hechos daremos fe de vida y razón de nuestra existencia». La firma era expresiva: «Hoy por hoy, nosotros». Pero lo cierto es que los medios propuestos por la Asam-

¹⁵ En E. VINCENTI: *Política pedagógica*, Madrid, 1916, p. 160.

¹⁶ Libro de Oro del Partido Radical, pp 28--29.

¹⁷ *Ibidem*, p. 34

blea Radical fueron prioritariamente la educación, para la juventud y para el proletariado, el laicismo y la búsqueda de una teórica igualdad de medios que equilibrase la desigualdad económica y cultural. Sólo a partir de la formación de solidaridad catalana y en vísperas del Gobierno Maura que provocó como sabemos la aproximación de los socialistas a las fuerzas burguesas republicanas, las juventudes radicales parecieron pasar de la contemplación a la acción superando su primitivo estadio. Se inserta en este marco el célebre Discurso de Lerroux a sus jóvenes bárbaros, «Rebeldes, rebeldes». Según la violencia verbal del discurso, a las juventudes republicanas tocaba convertirse en verdadero ariete contra todo lo establecido¹⁸. A pesar de esto, según los tratadistas del partido radical las juventudes no pasaron de ser una especie de milicia armada en los mítines y actos multitudinarios del partido radical¹⁹. Su desaparición parece un hecho antes de la llegada de la República y su relevancia nunca tuvo comparación —al resucitar ficticiamente durante la etapa republicana— con las juventudes de los partidos y movimientos de masas, según Ruiz Manjón²⁰. Casterás nos da noticia de algunos de sus fracasados proyectos²¹.

¿Alcanzó este mismo ambiente pedagógico e inactivo a la Juventudes Socialistas nacidas en 1903? De hecho el propio Pablo Iglesias, «educador de muchedumbres» y el propio Meabe, aparecen *mutatis mutandis* penetrados de las ideas regeneracionistas educativas, aunque aplicadas a la preparación de la clase proletaria para su «papel histórico». La intención educativa llega a las páginas de «El Socialista» y de las revistas de este carácter como «La Nueva Era» «La revista Socialista» o «Acción socialista». Aunque la educación se trate, no como factor fundamental sino como ingrediente necesario de la lucha de clases. La intención educativa del obrero estaba implícita, asimismo, en la propia labor organizativa del Partido, en su disciplina y en la práctica societaria como valores supremos, a parte las actividades directamente dedicadas a la formación de los militantes. Y todo ello se acentuaba para el caso de las juventudes, según muestra el programa de Meabe.

Aunque la preocupación educativa no deja de ocupar un lugar secundario en la estrategia socialista, tal como muestran inequívocamente los escritos de los líderes, lo cierto es que en fuerza de las circunstancias el estadio educativo juvenil obrero vino a quedar de hecho, como medio de emancipación más que como resultado de la misma, una vez que se superaron los postulados guesdistas y se inició en el PSOE durante los años 90 la apertura reformista, tal y como ha apuntado Pérez Ledesma²².

¿Fue ésta concepción de la previa y necesaria educación de los jóvenes la que influyó en el relativo inoperantismo de las Juventudes? El laicismo escolar, la autoeducación, el anticlericalismo militante y el racionalismo ¿parecieron ofertas suficientes para los programas educativos juveniles? ¿o tal vez se buscaba sencillamente evitar la involucración de la asociación en cuestiones que no correspondían más que

¹⁸ Libro de Oro del Partido Radical, p. 61. El discurso de Lerroux tiene fecha de 1 de septiembre de 1906. Dejando a un lado los textos repetidamente publicados en la historiografía, el discurso tiene párrafos que caracterizan la reacción contra otras juventudes: «...si venis a continuar la obra del pasado...jóvenes, plegad la roja bandera...poneos los manguitos y volved al mostrador, coged los libros y volved a la escuela...».

¹⁹ O. RUIZ MANJÓN: *El Partido Republicano Radical*, 1908-1936, Madrid Tebas, p. 642.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ R. CASTERÁS ARCHIDONA: *Diccionario de Organizaciones políticas juveniles durante la 2.ª República*, La Laguna, Departamento de Historia Contemporánea, 1974, p. 76.

²² M. PÉREZ LEDESMA: *Pensamiento socialista español a comienzos de siglo. La Nueva Era*, Madrid, 1974, pp. 26 y ss.

a los militantes maduros? Porque da la impresión de que las Juventudes Socialistas estuvieron excesivamente centradas en las actividades culturales, por lo menos hasta la etapa de la primera Guerra Mundial en que comenzaron a mostrarse más operantes en el terreno político.

Cuando se leen los escritos y la correspondencia de Meabe, singularmente las cartas dirigidas a Unamuno²³, se comprende el singular talante de las Juventudes, aun cuando aquél no llegase a ser el jefe efectivo de las mismas. En el programa de Meabe figuraba garantizar a todos la enseñanza en general, la profesional y la posibilidad de una formación personalizada con la creación de centros de estudio y bibliotecas. Era un pedagogismo teñido de regeneracionismo de época y de competitividad generacional con los socialistas maduros.

Todo hace pensar que al igual que las juventudes republicanas, las juventudes socialistas tuvieron escasa incidencia política a nivel general y escaso carácter autonómico como tales juventudes, *constituyendo en esta etapa pura y simplemente un nuevo teórico frente cultural-pedagógico del PSOE*.

La crisis de 1917, señalada como fecha del fracaso de la integración de las fuerzas inconformistas del régimen en el sistema, —integración intentada por Maura y Canalejas— deja, no obstante, a los movimientos políticos y sociales de la oposición con un enorme sentimiento de frustración.

El protagonismo de las masas potenciado por el auge capitalista del país y la incidencia económica de la gran guerra, se cierra, pasado el momento revolucionario, con un balance de huelgas que desborda la prudente práctica obrera anterior abriendo como es sabido el período de la escalada sindicalista.

De fondo está la crisis de trabajo, los salarios insuficientes, la carestía ascendente de la vida, la situación de las clases medias obreras y campesinas con problemas sin resolver.

La persistente conflictividad social, la quiebra del sistema caciquil y la imposibilidad de gobernar ponen de nuevo sobre el tapete el tema de la educación popular con más fuerza que nunca, esta vez con clara intención de presente ya que el pueblo comienza a pesar al fin de cara a las necesarias mayorías.

La educación vuelve a afirmarse como tema obsesionante de partidos, de movimientos, de grupos, de órganos de opinión.

Lerroux se preocupa por desbistar a sus jóvenes bárbaros²⁴. Los intelectuales del partido republicano de Melquiades Alvarez se muestran así mismo intensamente preocupados por la elevación cultural del país. El PSOE refuerza la atención educativa hacia sus militantes y la Escuela Nueva intensifica los contactos educativos entre intelectuales y obreros y lleva una ponencia de instrucción pública al Congreso del Partido Socialista Obrero de 1918. Ortega y Gasset recoge el ambiente de interés por lo educativo en la *rebelión de las masas*:

«...Han sido proyectados a bocanadas sobre la historia montones y montones de hombres (...) En las escuelas que tanto enorgullecían al pasado siglo,

²³ D. GÓMEZ MOLLEDA: *El socialismo y los intelectuales. Cartas de líderes obreros a Unamuno*, Universidad de Salamanca, 1980, pp. 405 y ss.

²⁴ Véase el programa del Congreso de la democracia republicana de 1920 (Libro de Oro del Partido Radical, p. 123 y 125).

no ha podido hacerse otra cosa que enseñar a las masas las técnicas de la vida moderna, pero no se ha logrado *educarlas*»²⁵.

En este cuadro de preocupaciones socio-educativas se enmarca la línea que siguen las formaciones juveniles políticas. Los militantes «maduros» siguen considerando a sus juventudes como parte fundamental de su frente cultural pedagógico.

Durante esta etapa del 17 al 23 se establecerá incluso una especial simbiosis entre la cultura intelectual burguesa de izquierda y los organismos y medios de educación juvenil proletaria, con una clara intencionalidad de utilización política frente al Régimen.

Tanto desde las estructuras políticas oficiales del Estado como desde la esfera privada surgen las reformas en el sistema de la primera enseñanza, se intensifican las campañas de alfabetización y de escolarización del país; renace el interés por las Escuelas de Artes y Oficios, se crean instituciones para la educación de adultos —a base sobre todo de clases nocturnas— y entidades posescolares. A la iniciativa de la minoría culta se debe la creación de organizaciones de educación y cultura obrera, como las Universidades populares de Valencia, Madrid y Segovia, los organismos para el fomento de la formación profesional, los círculos de obreros y las instituciones benéficas docentes.

Son frecuentes como ha visto Carlos Mainer las colaboraciones de los intelectuales burgueses en los medios de educación informal obrera, como las revistas anarquistas «Ciencia Social», «Natura» o Revista «Blanca» y las socialistas «La Revista Socialista», «Renovación» o «Acción Socialista» y en los folletos político sociales de divulgación, Bibliotecas obreras, folletones, obras de teatro o novelas, almanaques y calendarios. Ahí están los nombres de Unamuno, Altamira, Buylla, Sela, Adolfo Posada, Luzuriaga, Corominas, Rafael Urbano, Leopoldo Alas o Urbano González Serrano, entre otros. Sería interesante un análisis —del que carecemos hasta ahora— sobre la penetración e influencia en la mentalidad popular y sobre todo en los ambientes jóvenes obreros de estas publicaciones. Pero en general puede afirmarse que la incidencia de la literatura culta burguesa y su simbiosis con la proletaria, dió lugar hasta 1931 a la difusión entre la juventud obrera de unos contenidos «instructivo educativos» que revelaban, a pesar del lenguaje moderado que se utilizaba en ellos, un potencial político destinado a nutrir el frente de oposición al régimen.

En una palabra, las organizaciones juveniles burguesas y proletarias, en vísperas de la Dictadura primoriverista, seguían *educándose* en las pautas ideológicas de los respectivos partidos.

No es ajeno a este planteamiento el acusado movimiento de la juventud republicana y socialista hacia las logias, consideradas como ámbitos de educación, tal y como acabo de señalar en una reciente obra.

Casi me atrevería a afirmar que a lo largo de toda esta etapa apenas existe todavía *una conciencia juvenil política* con objetivos propios, a pesar de los movimientos y organizaciones que hemos venido enumerando. Las juventudes burguesas y proletarias, según nuestro análisis, si están en trance de formar un cuerpo social autónomo, no han pasado de su viejo papel *pasivo* al de auténticos *agentes* políticos. Formando *parte del frente pedagógico-cultural* de los distintos partidos, se han convertido, a lo más, en lejanas potencialidades de futuro. Sólo el trauma de 1923, es decir, de la Dictadura de Primo de Rivera y los sucesos del 14 de abril, alterará el proceso, haciéndoles tomar conciencia de sí mismas, convirtiéndolas en protagonistas de presente.

²⁵ J. ORTEGA y GASSET: *La rebelión de las masas*. Espasa-Calpe, Madrid, 1965, pp. 60-61.

La diversificación de movimientos juveniles políticos analizada en las etapas anteriores sufrió un colapso con el golpe de Estado de Primo de Rivera. Diríase que desaparecen en la clandestinidad y en la inactividad. Y de nuevo el movimiento juvenil, como durante la crisis del absolutismo decimonónico, resurgirá de la mano de los intelectuales. Ahora bien, es una nueva juventud universitaria que en nada o en casi nada se asemeja a la que habíamos denominado «de las aulas», la que ocupa la escena política, esta vez con el designio de desprenderse de los partidos y movimientos políticos «domesticados» por el dictador.

Surge esta juventud con un perfil de protesta contra las fuerzas políticas y sociales históricas —republicanos y socialistas—, completamente inédito «Los republicanos españoles no han sido nada serio» —exclamará uno de los protagonistas, López Rey—²⁶. Los propios dirigentes de la juventud universitaria harán alarde de no haber pertenecido a organizaciones políticas anteriores²⁷.

La ruptura será tan total que la nueva juventud universitaria se considera más vinculada «al movimiento mozo de tipo universal» y en especial a las juventudes hispanoamericanas alzadas contra el imperio yanqui y sus dictaduras nacionales que con las históricas²⁸.

«Si nuestro pueblo conquista la democracia, se deberá a vosotros no a los viejos partidos políticos» —exclamará Jiménez Asúa en su celebre Conferencia *Juventud* en la Casa del Pueblo, el día 24 de mayo de 1929—, dando por sentada la desaparición de las nuevas formaciones juveniles anteriores.

Se hablará en estos años de un «nuevo cuerpo colectivo» de aspiraciones políticas encarnado en ideales juveniles. De una nueva juventud que desconfiada de las organizaciones políticas y sociales vigentes —no sólo de las históricas— cree llegada su hora de actuar. La juventud universitaria surgida durante la Dictadura rompía deliberadamente los moldes clásicos de su actuación. Utilizando palabras de Lindsey en su *Rebelión de la moderna juventud*, Jiménez Asúa lo explicaba gráficamente: «Antaño, la juventud apuntaba con su fusil de juguete, pero hoy lo hace con un fusil de veras y cargado. No os hagáis ilusiones; esta rebelión de la juventud actual es distinta de las otras; es la primera de su clase y cuenta con medios para imponer su voluntad»²⁹. Para Jiménez Asúa la juventud española acababa de atravesar durante los años veinte «el primer estadio revolucionario»³⁰ haciéndose intérprete del medio juvenil universal.

En la Casa del Pueblo de Madrid, Asúa, líder indiscutible de esta nueva juventud, invitaba a los obreros a una estrecha alianza con las juventudes universitarias alzadas contra la Dictadura³¹ «¿Creeis que es posible que en España crezca vuestro Partido y fructifiquen vuestros ideales sin libertad?».

En una publicación reciente he puesto de relieve cómo la unión de la nueva juventud universitaria con los líderes republicanos y socialistas, disidentes de las posturas *domesticadas* de sus respectivos partidos, tuvo lugar en las logias madrileñas del Grande Oriente Español y cómo Alianza Republicana, movimiento en el que se

²⁶ J. LÓPEZ REY: *Réplica en nombre de la mocedad*. En la publicación de Luis Jiménez Asúa: *Juventud*. Conferencia en la Casa del Pueblo, el 24 de mayo de 1929, Madrid, Tipografía Velasco, 1929, p. 158.

²⁷ *Ibidem*, p. 101.

²⁸ L. JIMÉNEZ ASÚA: *o. c.*, pp. 35-38.

²⁹ L. JIMÉNEZ ASÚA: *o. c.*, p. 60.

³⁰ *Ibidem*, p. 43.

³¹ *Ibidem*, p. 114.

gestaron las nuevas organizaciones republicanas protagonistas de la Segunda República, nació en estrecho contacto con los hombres de Escuela Nueva y de los afiliados a las sociedades secretas³². Estos hombres jóvenes, de formación universitaria, crearon en 1927, como es bien sabido, una organización propia, la FUE, al margen del movimiento escolar organizado por los líderes católicos, la Federación de Estudiantes Católicos. La FUE surgió de la mano de Antonio M^a Sbert y fue la animadora como todo el mundo sabe de las huelgas de marzo de 1929 y de enero de 1930 que culminaron los movimientos de agitación contra el Dictador que venían dándose con poca fortuna desde 1925.

En el programa de la FUE figuraban rúbricas dedicadas al trabajo profesional, a la cultura general de los estudiantes, al deporte, a la música, a la intervención en la enseñanza y a la política. Pero más importante que estas rúbricas era el espíritu de «nueva generación» que aparecía en el trasfondo de todas las páginas de los Estatutos y que da título a una biblioteca Universitaria «Nueva Generación» editada por Morata y a otra publicación de Asúa³³. Respetando las ideas avanzadas y los pensamientos audaces de sus antecesores, la juventud denunciaba su falta de decisión para imponerlas. La nueva generación de jóvenes afirmaba su propósito de vivir y actuar de acuerdo con sus convicciones. Representativos de la nueva juventud eran entre otros, Carlos Díez Fernández, María Zambrano, Clara de Cisneros, José López Rey, Raul Haya de la Torre, Alfonso Barajas y Antonio M^a Sbert. Una novedad interesante era, como acabamos de ver al citar estos nombres, la incorporación de la juventud femenina al movimiento.

En el pórtico del advenimiento de la Segunda República el carácter político de la nueva juventud estimulaba las ansias de los partidos políticos, por convertirla en instrumento propio. Intentaron capitalizar la FUE los republicanos —«me apena presenciar el esfuerzo que hacen los militantes de la deseada república para convertir a su fe cuerpos colectivos...»³⁴. Se irritaban los socialistas cuando se hacía el elogio de la juventud universitaria autónoma olvidando que existían las Juventudes socialistas. El propio Indalecio Prieto saldría al paso de ésta actitud subrayando «que sólo los intelectuales y los estudiantes se habían salvado en las horas turbias de la tiranía». Lamentaba el líder socialista «no poder aumentar la lista de los más dignos con elementos organizados de su partido»³⁵. Pero habían pasado los viejos tiempos y la juventud no estaba dispuesta a dejarse dominar guardando celosamente su autonomía.

Me atrevo a pensar que el movimiento juvenil nacido durante la Dictadura, constituyó un paradigma para los movimientos posteriores juveniles. A partir de aquí la autonomía y la identidad de las juventudes como tales estaba sobre el tapete.

Destruída la concepción de que las juventudes deberían formar parte del frente cultural pedagógico de las organizaciones políticas respectivas, las relaciones entre aquella y éstos habían de cambiar sustancialmente. En ocasiones los partidos tendrán

³² D. GÓMEZ MOLLEDA: *La masonería en la crisis española del siglo XX*, Madrid, Taurus, 1986, pp. 105-186.

³³ L. JIMÉNEZ ASÚA: *Al servicio de la Nueva Generación*. Reimpresión en parte con fecha de 1930, de la anteriormente citada en el título de *Juventud*.

³⁴ L. JIMÉNEZ ASÚA, *o. c.*, p. 183.

³⁵ L. JIMÉNEZ ASÚA, *o. c.*, p. 85.

que defenderse de unas bases jóvenes que les desbordan. Las juventudes a su vez se resistirán a la instrumentalización de que se les quería hacer objeto. La presencia de los jóvenes como elementos activos independientes en la vida política del país marcaría su impronta y no sin el recelo de los militantes «maduros», en la España de los años treinta, convirtiéndose incluso para los partidos en potenciales elementos desestabilizadores y necesitados de control. El proceso encontrará su punto culminante en los días de la Guerra Civil.